

Gizartea

HOMBROS EN LOS QUE LLORAR POR LOS ESTRAGOS DE LA DROGA Y LA SOLEDAD

Voluntarios con décadas de experiencia en la cárcel de Martutene relatan su vida de entrega a los demás. “Nuestro aval es el acompañamiento y la escucha”. Más de 650 integrantes de Cáritas se reunieron ayer en Vitoria para reflexionar sobre la necesidad de colocar a las personas en el centro de la acción social

Un reportaje de **Jorge Napal** | Fotografía **Ruben Plaza**

Se dice pronto, pero la mujer lleva visitando el penal de Martutene todos los domingos desde hace más de tres décadas. Recuerda en sus inicios como voluntaria aquel 7 de julio de 1985 en el que vio a Iñaki Pikabea y Joseba Sarrio-

naindia, los dos miembros de ETA militar, antes de que se fugaran del centro penitenciario ocultándose en los aparatos de megafonía utilizados en el recital ofrecido por el cantante Imanol. Ha llovido desde entonces, pero el espíritu solidario de Elena

Abogan por un cambio de paradigma: “No todo el mundo goza de las mismas oportunidades en la vida, y por eso hay que saber compartir”

Rodríguez no se seca. A sus 75 años, guarda como oro en paño la primera revista que editaron los internos de la prisión, que se la dedicaron. Modista de profesión y empleada después en una casa de seguros, cualquier logro de su vida laboral no

guarda parangón con la satisfacción que procura la labor de acompañamiento y escucha a quienes más lo necesitan. “Dentro de la prisión hay quienes tienen familia y otros que están más solos que la una. Acompañamiento y escucha. La de vueltas que habré dado hablando con los reclusos por el patio de centro penitenciario”, sonríe con cierta nostalgia.

Lo dice tan convencida que si pudiera rebobinar su vida, volvería a hacer lo mismo. “¡Cómo no entregarse a los demás! Jamás he tenido ningún problema y, en cambio, he hecho muchos amigos”. Se emociona la mujer al recordar a “tantas personas dedicadas en cuerpo y alma” a la tarea, como la religiosa Rosa Mari Bakaikoa o Irune Imaz.

A Elena le acompaña Felipe, que desde hace dos décadas dedica su tiempo a los internos, de quienes tanto ha aprendido. Es Felipe un hombre recio, de los que saludan con un buen apretón de manos, desempeñando una labor tan necesaria como humilde y callada. Tanto, que es una batalla perdida plantearle que se deje hacer una fotografía para ilustrar el reportaje. “Lo importante es el trabajo que cada uno pueda hacer. Es una



Mabel Cenizo posa junto a la voluntaria Elena Rodríguez en la sede donostiarra de Cáritas.